
La Jaula del Alma

Sant Kirpal Singh Ji

Tomado de una carta

El hombre se ha enredado tanto en la mente y las facultades externas que solamente puede liberarse de ellas por medio del esfuerzo y la perseverancia. La situación que lo aflige es, de cierto modo, similar a la de un pájaro que han mantenido encerrado en una jaula durante muchos años. Aún si le abres la puerta de la jaula, el pájaro detestará salir volando. En vez de esto, volará de un lado a otro de la jaula, agarrándose con sus garras de la malla de alambre, pero no desea ser libre ni salir volando por la puerta abierta de la jaula.

Igualmente, el alma se ha apegado tanto al cuerpo y a las facultades externas que se aferra de las cosas externas y no las quiere soltar. No desea volar a través de la puerta que el Maestro le ha abierto en el momento de la Sagrada Iniciación, en cuyo umbral la Forma Radiante del Maestro está esperando pacientemente para recibir al discípulo infante. El verdadero discipulado no comienza hasta que uno eleva por encima de la conciencia corporal.

Es a partir de este punto que el discípulo sentirá no sólo comodidad, sino que empezará a experimentar el júbilo y la dicha que le esperan en el Más Allá. Tendrá como su compañera a la encantadora Forma Radiante del Maestro, Quien siempre está a la mano para impartir esa guía tan necesaria con el fin de evitar las dificultades del camino. Hasta no alcanzar este punto, el discípulo está a prueba, pero una prueba que no puede volverse más severa. Es durante este período de prueba que el alma sentirá alguna incomodidad. Se ha embadurnado tanto con la mugre de los sentidos que ha perdido la pureza original de su corazón y no está apta para ser elevada y liberada de la prisión del cuerpo.

Aunque se le abra la puerta, el alma está tan apegada a las cosas del mundo externo que no desea ser libre. Es solamente cuando el alma comienza a recobrar la pureza original del corazón y la mente, que desea finalmente estar libre de los deseos de la carne y de los apegos externos. El Amado Maestro trata de evitarle al discípulo toda posible incomodidad, explicándole cuales son los vicios que deben evitarse y las virtudes que se deben desarrollar para poder recuperar esa pureza.

Desgraciadamente, la mayoría de las veces no se tienen en cuenta las palabras del Maestro y el discípulo actúa muy poco o nada para enmendar su camino. Por lo tanto, el Poder Maestro debe tomar medidas más firmes para hacerle entender al discípulo la importancia de las verdades que se han explicado en palabras. De ahí el desasosiego que los amados sienten algunas veces en su diario vivir. Si obedecieran implícitamente los mandamientos del Maestro, desaparecerían todas las dificultades y desasosiegos. Si un niño se ensucia tanto que la única manera en que su madre lo pueda limpiar es con un estropajo, ¿podría decirse acaso que el niño se sentirá cómodo durante la refregada? Sólo se sentirá cómodo después que la refregada haya terminado y se encuentre completamente limpio y puro.

El Maestro siempre da Su ayuda y protección a sus seguidores. Él cuida de su comodidad todos los días, tanto interna como externamente. Inclusive los efectos de las reacciones del pasado, desde la horca hasta un pinchazo normal con un alfiler, son muchas las concesiones que se otorgan. Así como la madre sacrifica todo por el bien de su hijo, igualmente el Maestro lo sacrifica todo por el bienestar de Sus hijos. El seguidor, de hecho, ni sueña con lo que el Maestro hace por él. Él llena a Sus seguidores con Su propio pensamiento, con Sus propios impulsos de vida. Cuando lo recordamos, Él nos recuerda con toda Su alma y corazón. Él no es el cuerpo físico. Él es el Verbo personificado, el Verbo hecho carne. Para obtener todo el beneficio del Poder Maestro, el discípulo debe desarrollar receptividad. Es imposible desarrollar receptividad hasta no obedecer los mandamientos del Maestro implícitamente. Cuando le prestan atención a los mandamientos del Maestro, entonces esa es una señal de que ustedes están creciendo en amor por Él. Entre más crezca su amor por Él, más receptividad desarrollarán.

Cuando ustedes comienzan a desarrollar esta receptividad, todo el desasosiego desaparecerá y empezarán realmente a recorrer el Sendero con la firme seguridad de estar en el camino correcto, junto con la amorosa compañía de Aquel que demostrará más y más Su grandeza y Su Poder en cada paso, hasta que se den cuenta que Dios mismo es su Guía y Mentor, Quien nunca los abandonará hasta haberlos escoltado de regreso al verdadero Hogar del Padre de una forma segura.

Mientras vamos rumbo a ese Hogar del Padre, una de las principales funciones del Maestro es poner fin a los karmas del discípulo. Los karmas del pasado únicamente pueden quemarse mediante el contacto consciente con la Corriente del Sonido. Este proceso comienza en el mismo momento de la Sagrada Iniciación, momento en el cual se pone al discípulo en contacto con el Principio de Luz y Sonido, o el Poder de Dios en Expresión. Para evitar abrir una nueva cuenta de malas acciones, se anima al discípulo a seguir una vida limpia y a eliminar todas sus imperfecciones por medio de una autointrospección diaria. Este es el principio sublime que yace detrás de llevar el diario, el cual se le pide al discípulo llevar con el fin de tomar conciencia de los defectos que se interponen en el camino que conduce a Dios.

El ego es el principio de autoafirmación en el hombre que le hace sentir que “*Yo hago esto*” o “*Yo hago aquello*”. Cuando uno se eleva por encima de la conciencia corporal, se conoce a sí mismo y se convierte en un co-trabajador consciente del Plan Divino, nos damos cuenta de que uno no es el “hacedor”, sino una mera marioneta en las manos de Dios; uno dejará de ser responsable de sus actos y se convertirá en un *jivan mukta* o alma libre. El ego en el hombre es parte del gran engaño en el cual él está trabajando. Este dejará de actuar (o se anulará) solamente cuando el discípulo haya alcanzado un alto grado de pureza, en el cual todos sus actos reflejarán al Maestro en él. Al igual que Cristo, él proclamará: “*Yo y mi Padre, somos Uno*”.